

Alocución de Mary Ward a sus compañeras, amigos y amigas
(Martha Zechmeister CJ)

¡A todos y todas mis queridos y queridas!

Ustedes han partido de todos los continentes de este mundo para celebrar juntos aquí en Roma el fruto que ha surgido de mi vida. La confianza de ustedes me asusta y me llena de júbilo. Gemma u Mary me han convencido afortunadamente, que todavía tengo un mensaje para ustedes - un mensaje que es capaz de guiar el camino de ustedes, algo que es capaz de renovar e inspirar su vida y su servicio.

Es asombroso y es pura gracia lo cual Dios ha deseado conmigo; como el ha liberado de las ataduras internos y externos con cuidado y con consecuencia la mujer tímida y joven de la provincia y de la clandestinidad, que fue yo en estos tiempos. Lo que me animaba desde el principio fue el gran deseo para encontrar a Dios. Este deseo me daba la fuerza, para marcharme de mis queridos y de mi tierra. Qué yo buscaba a Dios primero en la acogida y en la seguridad de un convento es muy comprensible. Ustedes saben del gran esfuerzo que invertí en esto. Pero no fue posible de engañar a mi mismo. ¡Esto no lo fue! Dios me ha seducido para seguir adelante – hacia una aventura incalculable, hacia una peregrinación sin cesar.

A todos y todas mis queridos y queridas, sin diferencia en que lugar de esta planeta viven en el momento, sin diferencia sí sienten ya mayores o todavía mas jóvenes, sin diferencia que viven como hermanas con votos o se sienten unido a mi como compañeras y amigos: ¡Déjense empujar de su deseo de Dios! Permiten que este deseo sea la fuerza decisiva de su vida y no aceptan que sea asfixiado de la necesidad de seguridad y del miedo de perder a algo. Mi vida fue una salida permanente hasta la muerte, nunca me asentí ni me arraigué en un lugar. ¡Cuantos miles de kilómetros recorría, sin el confort de los viajes de hoy: cuentas fronteras atravesaba, algunas veces en plena guerra; en cuantas lenguas me comunicaba a duras penas! Mi arresto por la inquisición y la enfermedad me han forzada a una inmovilidad física, pero nunca fueron capaz de detener mi peregrinación hacia Dios. Es emocionante como ustedes guardan mis zapatos desgastados y mi sombrero de viaje. Pero no basta de

guardar y admirar estas cosas como reliquias. ¡Ustedes no se cuiden demasiado, márchense hacia la aventura dichosa de su vida y de su vocación!

Va a soñar anticuado para ustedes. Pero es verdad que está escrito en las tablas de la “vida en pintura”: Dios me ha enseñado con claridad, “ayudar a las almas para alcanzar la beatitud es un don mucho más excelente que la vida monástica.” Dios no ha prometido ningún retiro o reposo en este mundo a estos y estas que el ha llamado como apóstoles. Pero Dios da a ellos una gran y feliz libertad. Ninguna seguridad y ningún éxito pueden compensar esto – y no hay una cercanía mas íntima a Dios como colaborar como compañeros y compañeras de Jesús en su obra de salvación. El deseo de ustedes de buscar y hallar a Dios va a cumplirse en la medida en cual ustedes son dispuestos convertirse hombres y mujeres para otros. No giren alrededor de sí mismo – y tampoco alrededor de sus comunidades y obras, sino abran sus ojos, sus oídos y sus corazones para estos a quienes Jesús se acerca primero, hoy así como en sus días. Dios ha llamado a ustedes a anunciar “buenas nuevas a los pobres, sanar los corazones heridos, a proclamar liberación a los cautivos y libertad a los prisioneros.” (Is 61,1 f)

Gemma nos ha recordado: la gloria de Dios es el ser humano que vive plenamente. Admito que se necesita mucho valor y mucha humildad para mirarse en el espejo de esta manera. Esta mirada redimida y liberada a sí mismo, más allá de las vanidades y autoengaños presupone un largo camino interno. Y al final todavía queda pura gracia. Aventúrense para ir este camino, déjense despertar a un ser humano vivo y despierten a otros a la vida. La gloria de Dios brilla de todo rostro humano, del rostro de cada mujer, de cada hombre, de cada niño. Solo quien es capaz de ver esta gloria también es capaz de sentir todo el dolor por la vida asustada y destruida. No se quedan en el “torre de marfil” de sus costumbres, de sus miedos y de sus comodidades. Busquen el encuentro, expónganse, presten oídos de verdad que hoy en días aprieta y lleva a la desesperación los seres humanos. Permiten a Dios de utilizar a ustedes como instrumentos de la sanación y salvación, como mensajeras de su cercanía cariñosa y vivificante.

Oscar Romero ya una vez hemos oído hoy. El apreció y modificó la frase de Ireneo: “La gloria de Dios es el *pobre* que vive.” El mundo de ustedes presuntamente así

redondo y globalizado esta desgarrado y lleno de tensiones mortales. El mundo de ustedes esta lleno de seres humanos, ante todo de mujeres y niños, a quienes la violencia, el hambre y la miseria económica ha expulsado de sus países. El mundo de ustedes esta dividido en los pocos que sacan provecho – y los muchos a quienes hacen falta las cosas de la primera necesidad, como agua limpia, el mínimo necesario de alimentos, educación y atención medica. Estos excluidos y superfluos de sus días son hoy los preferidos de Dios. Busquen su cercanía vuélvase en sus hermanos y hermanas. Esto va a transformar sus vidas, va a llegar de ser más sencillo y más sustancial – y ustedes van a hallar a Dios.

Tengan ánimo para servir – a estos que se encuentran abajo y quienes están pisoteados por otros. Tengan ánimo para obedecer, para no creerse el ombligo del mundo y de permitir con una ligereza natural que sean usados para las cosas que hacen falta. Pero nunca olviden que servicio y obediencia tienen nada de ver con servilismo y sometimiento. Servir no significa doblarse y obediencia no es servidumbre o dependencia infantil. Enfrentar energéticamente estos que se creen los señores de este mundo es algo esencial del servicio. Los obedientes de verdad son libres de si mismo para oír atentamente qué Dios quiere. Son bastante audaces para desafiar con determinación a todos poderes y dominios los cuales desfiguran y destruyen la imagen de Dios. No tengan ninguna ilusión, esta va a llevar a conflictos inevitablemente. Quien actúa de esta manera va a pagar el precio. Estos que ustedes han considerado como sus amigos van a dirigirse en contra de ustedes. No tengan miedo del conflicto, pero si tengan miedo de la paz podrida. Nos hace a colaboradores y colaboradoras, porque hacemos la vista gorda y quedamos callados, o porque es más cómodo quedarse a oscuras y de asegurar la propia impotencia, o porque estamos llenados totalmente con la preocupación por la propia carrera y el propio prestigio – da igual que sea el prestigio personal o de la comunidad o de la Iglesia.

Hasta hoy me asombra de donde he sacado el coraje para levantarme contra el juicio de los eruditos señores teólogos de mi tiempo – y decir con claridad y serenidad: ¡No, ustedes no tienen razón! La mujer no es débil de inteligencia, no es histérica y no es moralmente de poca confianza. No, nosotras, las mujeres igual como los hombres, somos capaces a buscar a Dios y a buscar a la verdad. Somos capaces para hacer obras grandes y estamos llamadas activamente para el servicio por el reino de

Dios, como maestras de la fe, lleno del Espíritu, como profetas de la justicia de Dios y como mujeres las cuales hacen presente la ternura y la misericordia de Dios en este mundo. Con respeto, es mentira, que nuestra naturaleza femenina o las barreras puesto por Dios no permitieran esto.

Seria una maravilla si todo esto hubiese sido solamente un problema de mi siglo y no tuviera más relevancia para ustedes hoy en día. Pero Gemma nos ha enseñado en una manera impresionante que todavía queda mucho de hacer para ustedes. También el mundo de ustedes es dominado por relaciones que están organizados según el patrón: ¿Quién es arriba y quien es abajo? ¿Quién domina y quien se somete? Relaciones como estas son sin alegría y estéril, pero ante todo oprimen la vida. ¡Por favor no creen que las mujeres sean naturalmente los mejores seres humanos y que no sean capaces de caer en la trampa de la codicia del poder! Pero libérense del corsé de los patrones predeterminados. Tengan confianza en si mismo, sean creativas y ingeniosas como arquitectas de una nueva convivencia solidaria, que no oprime, controla y explota, sino que va a levantar los espaldas torcidas y que hace crecer y florecer la vida en todos los aspectos. Es posible que en primer lugar los hombres se asustan y reaccionan en una manera agresiva, sí ustedes en el futura no más los buscan como los protectores fuertes y los consejores sabios sino tratan de encontrarse con ellos a la altura de los ojos. Pero no pierdan la calma y no olviden que ustedes con esta actitud nueva prestan un servicio decisivo a los hombres también. Solamente sobre la basis de esta relación nueva hombres y mujeres juntos son capaces de humanizar nuestro mundo— y solamente así son capaces de rebelarse contra el terror de la codicia de lucro y de poder que todos los días exige innumerables sacrificios humanos. Sean mujeres completas e integras, no tengan miedo de comprometerse en campos de trabajo tradicionalmente masculinos, como la política, la economía y la ciencia. Nosotras las mujeres no somos solamente el ornamento para los hechos duros creados por hombres. Pero por favor, quedan mujeres con humor y con encanto sí es posible en alguna manera.

Soy agradecida infinitamente y orgullosa de los frutos que han crecido de la siembra que trataba de sembrar. “Los cuales siembran con lagrimas van a cosechar con júbilo.” Soy agradecida y orgullosa del trabajo que ustedes hacen en mi espíritu en todos los cinco continentes. Vayan a los limites y ante de todo mas allá de a los limites

a los excluidos. Por eso solicito a Dios la plenitud de la bendición que acompañe y fortalezca a ustedes. Pero quiero concluir con una palabra a mis hermanas en las “provincias viejas” y ante de todo a estas que se encuentran al atardecer de sus vidas. Fueron catorce años largos desde la destructora bula de supresión de 1631 hasta mi muerte en 1645 – casi un cuarto parte de mi vida. Tenía de aguantar como destruyeron una gran parte de mi obra – esta obra que creaba junto con mis compañeras con así mucho audacia, entusiasmo – y también con así mucho sacrificios, amor y paciencia tenaz. Fueron años de la miseria económica, de enfermedad severa y años en que mis fuerzas corporales continuamente disminuían. Yo sé que significa veer impotentemente que se desmorona para lo cual ustedes han invertido todo su corazón y espíritu emprendedor. El dolor de ustedes es mi dolor. Sin embargo expulsen el demonio de amargura. ¡Y no se dejen robar su buen humor de nada y nadie! No se aferren obstinadamente a nada – porque que algo que se acaba de ninguna manera significa que vale nada. Nada de su amor se pierde, la vida plenamente realizada tiene su sentido y su valor en si mismo. No tengan miedo de la muerte, pero sí tengan miedo de la vida decadente. La herencia más preciosa que ustedes pueden regalar a sus hermanas jóvenes y también al las provincias jóvenes y dinámicas es este testimonio: El misterio de la fecundidad está en la muerte aceptada.

No hay ninguna promesa a las ordenes religiosas que van a existir hasta el fin de los tiempos. Cientos de ellas ya naufragaron en la historia y yo no sé que Dios piensa hacer con mi obra. Pero una cosa al menos yo sé ciertamente: Quien quiere ganar va a perder. No hablen de la entrega sino vivan la misma. Como individuos y como comunidad, entrégense al misterio en que toda la vida tiene su origen y a cual todo regresa. Jesús se ha dirigido a este misterio como un “tú”, como su “abba”, el padre querido. No se aferran a sus obras ni a sus obras, sino déjense liberar de la preocupación por su propia importancia – y ustedes van a ser recogidos por los brazos del padre cariñoso, de la madre cariñosa. Así liberadas de si mismo el espíritu divino puede crear algo verdaderamente nuevo entre ustedes. Luego va a suceder que Dios va a derramar su espíritu encima de ustedes: “Sus hijos y sus hijas se convierten en profetas, sus viejos van a tener sueños y sus jóvenes visiones.” (Joel 3,1-5)